

ARTES PLASTICAS

JUAN SORIANO

Por Juan GARCÍA PONCE

EL VERDADERO ARTE ES, siempre, concepción del mundo. Con sus obras, el artista crea una imagen particular, propia, que, partiendo de lo individual, naciendo de la suma de sus emociones y vivencias, alcanza lo general, penetra en el misterio, lo abre, lo revela y lo hace comunicable. Desde el momento en que el arte deja de ser canon, preceptiva, abandona el clasicismo, el molde, y se transforma en aventura individual, salto al vacío, búsqueda a ciegas, toda gran obra guarda tras sí, oculta, mezclada, confundida con ella, la personalidad de su creador. La obra es el lugar del encuentro. El artista choca con el mundo, éste se le revela y puede expresarlo.

La exposición que reúne los principales trabajos que Juan Soriano ha realizado durante sus veinticinco años —ya— de pintor, ejemplifica maravillosamente la historia de esta aventura, el resultado del choque. La exposición tiene una unidad magistral; a través de ella, paulatinamente, con descubrimientos súbitos, y recaídas, saltos hacia atrás, y avances prodigiosos, podemos ver cómo Soriano ha buscado y se ha buscado, ha encontrado casi sin darse cuenta unas veces, otras ha pasado por sobre sus propios hallazgos sin advertirlos y, finalmente, de pronto, ha chocado con la verdad, con el mundo, y este ha hecho explosión, pero se ha quedado, para siempre, fijo, expresado con absoluta exactitud en una serie de cuadros en los que la personalidad del artista ya no está, ha desaparecido y sólo se encuentra el reflejo del mundo, la imagen total, única, independiente, viva.

En muy pocas ocasiones hemos tenido oportunidad en México de ver una exposición retrospectiva tan clara, tan diáfana, tan congruente consigo misma. El pintor es uno, su personalidad no cambia; es la obra la que se transforma, se deforma, lucha contra él y, al fin, se libera, *es*. Seguir el camino de esta lucha es un espectáculo fascinante.

Desde sus primeros cuadros, Juan Soriano es un pintor subjetivo. La realidad inmediata, el mundo de las apariencias, de la representación, le aturde, le fascina, le enamora; pero, también, le molesta, se levanta ante él como una barrera, como un muro infranqueable cubierto de yedras y él, como todo enamorado, permanece fascinado ante su aspecto, pero a duras penas puede contener el impulso de trasponerlo, de violarlo, de penetrar su apariencia exterior, que a pesar de su belleza le estorba, lo limita, y alcanzar su esencia para hacerlo realmente suyo.

Es sorprendente cómo, en sus primeros cuadros, carentes de técnica, de cultura, impulsivos, anhelantes, impacientes, Soriano está más cerca de lograr su objetivo que en los intermedios, aquellos en los que empieza a aparecer, paralelo al perfeccionamiento de la técnica, junto con el enriquecimiento del bagaje cultural del pintor, el desengaño, la desilusión, la ironía, el cinismo. Al impulso lleno de fe,

de confianza, de libertad del principio, se contraponen en ellos la razón, el temor ante la dificultad de la tarea. El conocimiento encoge a Juan Soriano, le hace dudar, y él se venga de esa duda inevitable, rebajándolo, burlándose. En la época intermedia el pintor posee el mundo de las apariencias, de la representación; pero en el fondo sabe que ese mundo no le interesa, que no ha derribado el muro sino que ha aumentado su altura, y desahoga su ira contra él ridiculizándolo, demostrando su fragilidad, su falta de interés. Otras veces, en cambio, deja fluir su nostalgia e intenta regresar al punto de partida; entonces nos ofrece imágenes



María Asúnsolo

Juan Soriano en su estudio. Al fondo: *Pájaro alucinado*

Cerámicas realizadas en la última época

literarias, evocativas, que no *son* sino que intentan representar exteriormente lo que *debería* ser. Hasta que finalmente, el choque se produce. El pintor, que primero estaba enamorado del muro y las yedras,

y después ha reñido con ellas y ha apartado la verdura alegre o terrible de éstas para reflejar nada más la superficie gris de aquél, ahora logra penetrarlo, ya no lo enamora a distancia, ya no lo enfrenta

con espíritu crítico; se confunde, se mezcla con él, se transforma tan sólo en medio, en espíritu conductor y logra expresar su esencia. Su pintura no es ya una imagen nostálgica, impotente o irónica del muro y las yedras; es el muro y las yedras. Como en el acto amoroso el amante y la amada se confunden, se hacen uno, *sor*, Juan Soriano ha logrado que en sus últimas obras, en sus cuadros abstractos, la personalidad del artista se diluya, desaparezca en la obra de arte y el espectador encuentre exclusivamente a ésta, independiente, sola, viva y completa, como un mundo vibrante, ordenado, armónico y, además, sobre todo, nuevo; como una revelación.

¿Cuáles son los medios, cuál el proceso para llegar a esta plenitud? Aparentemente el camino es muy simple. Podría resumirse, en términos muy claros, como la historia de un progresivo desprendimiento del yo. Como hemos dicho al principio, el artista parte de lo particular para llegar a lo general; la obra de arte incorpora la unidad al todo. Ahora bien ¿de qué modo?, ¿en qué forma? Repasemos la obra de Juan Soriano. Extrañamente, en toda ella jamás descubrimos influjos. ¿Quiere decir esto, entonces, que Soriano es un artista que se ha hecho solo? No, de ninguna manera. Su obra es sin lugar a duda el resultado de una época, de una cultura, de un medio social, de una forma de vida muy determinada; pero el artista ha estado siempre demasiado obseso con la idea de encontrarse a sí mismo para poder permitirse la licencia de dejarse llevar por la fascinación de la obra de cualquier otro. En su época intermedia aparecen, irónicamente, una especie de "pastiches"; pero su elaboración no implica admiración, sino, al contrario, un impulso destructivo, un deseo de ridiculizar. Esta característica da pie a otra observación que es necesario hacer: Soriano es un pintor a quien le estorba la pintura; las grandes obras de los grandes maestros, no le producen admiración, sino indignación: se interponen como un elemento más del muro que él ha tenido que destruir para llegar a ser. La explicación de esta actitud es muy sencilla. Cuando miramos sus primeros cuadros, descubrimos de inmediato que Soriano ha llegado a la pintura solo, en un estado de pureza total, inocente y desarmado. Para expresar la realidad no contaba con la ayuda de ninguna tradición, sino simplemente, con el color, la tela, sus pinceles y el poder de su instinto de artista. Con nada más estos elementos, solitario, Soriano ha empezado la lucha. Su verdadera enemiga era, exclusivamente, la realidad, esa realidad dura, impenetrable, que le fascinaba y a la que odiaba al mismo tiempo; lo que los demás hubieran hecho con ella no le interesaba en lo absoluto. Y sin saberlo todavía, iba por el camino adecuado. Así han nacido toda esa serie de extraños autorretratos, de figuras de niños y niñas monstruosos o nostálgicos, tímidos o sentimentales: el *Niño con gorra azul*, la *Niña del vaso*, la *Niña jugando*; así también realizó los extraordinarios retratos de Luis Basurto



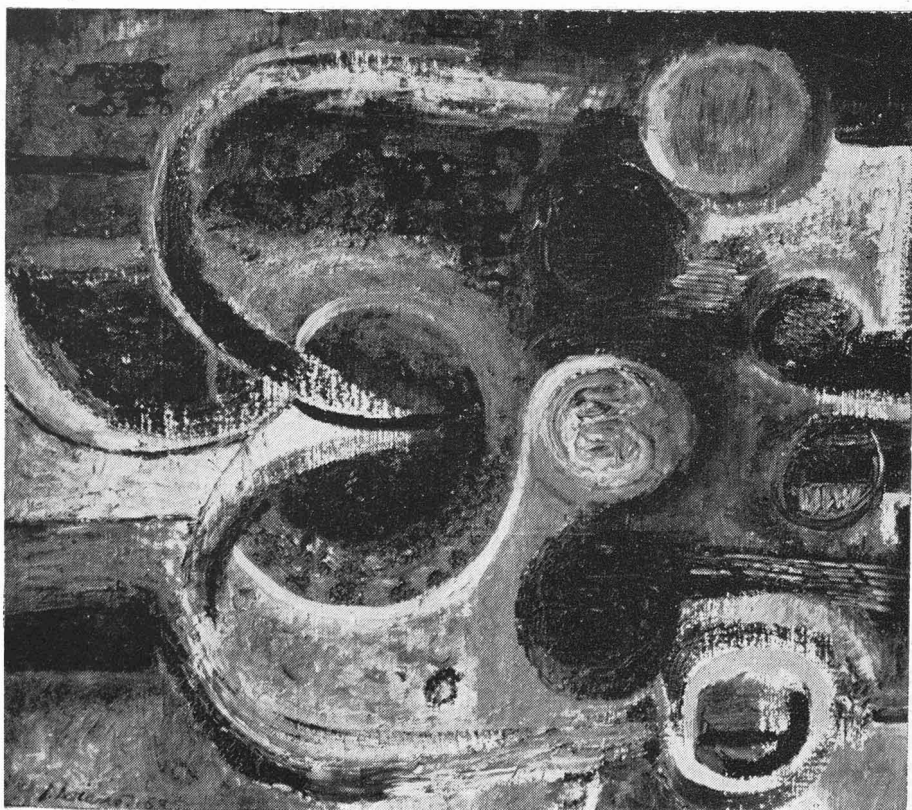
Niña con palomas



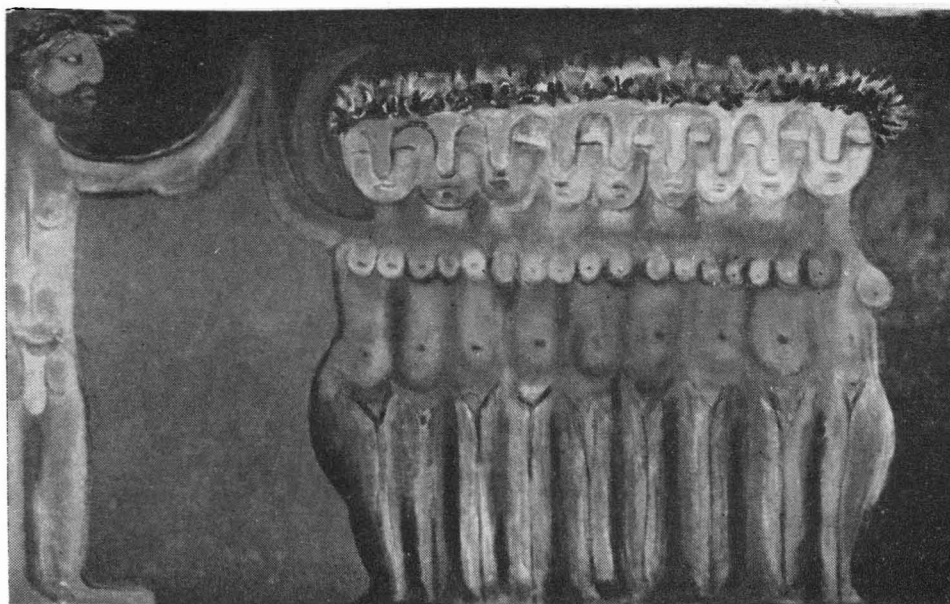
Autorretrato



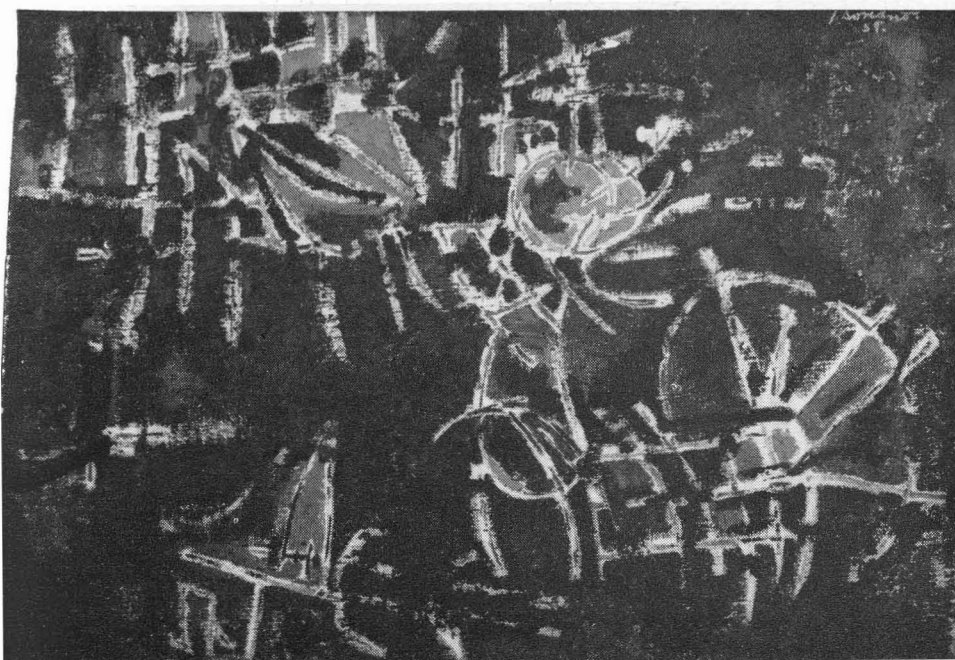
El gran verano



Paisaje portugués



Apolo y las musas



Hormigas y amapolas



Bicicletas rojas

y Elena Garro: ellos estaban allí, pero no era su apariencia la que le interesaba al pintor, sino su esencia, y la búsqueda de ésta se advierte detrás de cada uno de sus rasgos, por eso los cuadros están tan llenos de misterio, de intemporalidad; de ese modo fueron interpretados todos esos objetos extraños, sustraídos de toda realidad, que llenan los cuadros de su primera época.

Después, Soriano se encontró súbitamente con la gran tradición plástica occidental. El encuentro no fue afortunado: le desalentó en vez de alegrarlo. Ante la obra realizada antes de que él llegara a la pintura, el artista se dio cuenta, de pronto, de las dificultades que tendría que vencer, de lo lejos que estaba todavía su meta. De esta época son todos esos cuadros vengativos, crueles. Había que destruir para surgir inocente, limpio, otra vez, de la destrucción. Soriano hace entonces una pintura irónica, rencorosa: María Asúnsolo, vestida con una *négligée* rosa, en la postura del Moisés; la misma María Asúnsolo, ahora con una *négligée* gris, en la actitud de las Majas de Goya; las señoritas Misraki dentro del ambiente de Manet; un retrato que recuerda a Renoir. No son copias sin embargo: son burlas, es anhelo de destrucción. La técnica de los grandes maestros le sirve, puede dominarla, pero no le basta. Y cuando se debilita, cuando siente la nostalgia de la época anterior, pinta esos extraños cuadros evocativos, llenos de un destiempo literario, superficial, que unas veces recuerdan a Munch y otras a Giorgio de Chirico, no por la forma, no como influjo, sino por semejanza en el sistema empleado para recrear un mundo que se aleja, que se desvanece, que se hace inapresable, impalpable y que, sin embargo, se desea tener más que nunca.

Hemos llegado así, aunque indirectamente, al final. Después de esa época, Soriano domina su oficio, pero sabe que ese no es su camino, comprende que la cultura le estorba, que tiene que recuperar la inocencia, la soledad del principio y emplear lo que sabe para encontrarse o se perderá en el laberinto y morirá como artista sin haber alcanzado su ideal. Su situación, entonces, debió ser angustiosa. ¿Cómo desprenderse de todo ese bagaje, cómo renunciar a los sistemas? Cuando se conoce la compañía —no la comunión; es muy diferente— el regreso a la soledad es más difícil. La voz popular dice que la inocencia perdida nunca se recupera. Sin embargo, Soriano la ha recobrado. El medio empleado, la lucha interior que haya tenido lugar en el artista, los resortes emocionales que lo llevaron al triunfo no nos importan. Ahora nos importa la obra, esa serie de cuadros libres, serenos, alegres, terribles, de la última época, en los que Soriano ha desaparecido, el recuerdo de la lucha entre la realidad y el artista se ha borrado, ésta se ha entregado, y está tan sólo la imagen del mundo, el mundo en sí, armónico, total, imperecedero, completo y mágico, en la conjunción de los azules, los rojos, los verdes, los rosas, los amarillos; en esas formas vivas; en esa alegría de pulquería que se mezcla libremente con la serenidad del mundo griego en los *Apolos*; en el estallido de reguilete del *Pájaro alucinado*; en la piraeta magistral de *Ópera de Pekín*; en el canto a la vida del *De O. a B.*; en todos los cuadros de esta última época, en los que Soriano, que ya no está en ellos, ha dejado para siempre fija, inmutable, su imagen del mundo.